



Política

Futurista

Impresiones encontradas nos inspiran estas divagaciones decembrinas.

Dos mil seiscientos millones de bolívares destina a burocracia nuestro Presupuesto Nacional de 1966. Doscientos cincuenta y cuatro millones más que el año pasado. Mucho más que todo el Presupuesto Nacional de Colombia.

El Gobierno Nacional gasta al año cuarenta millones de bolívares en propaganda.

Los diputados se han subido los sueldos; lo que implica dos millones quinientos mil bolívares más en el Presupuesto. La nueva partida iguala ahora —curiosamente— al Congreso Nacional y a la Digepol.

Al redactar la Vida Nacional del mes de diciembre encoge el espíritu comprobar a qué menguados horizontes se limitan las ambiciones de buena parte de nuestros políticos. Con una obsesión enfermiza: ganar las elecciones y repartirse el botín presupuestario, vinculado al otro botín nefasto del peculado, diluido ahora por todas las zonas adonde se extiende la fronda burocrática.

Por otra parte, un largo viaje decembrino por el Occidente de la República nos había confortado el alma. La caña de Aragua; el algodón de Valencia; los ayer solitarios llanos de Portuguesa y Barinas, encerados de arroz y verdes de ajonjolí; las empinadas laderas y los húmedos valles de Timotes, Chachopo, Mucuchíes, Mérida, Bailadores y La Grita, convertidos en sembradíos industrializados de papas y hortaliza con las mariposas regadoras de sus bombas de motor; los camburales de la Panamericana al Sur del Lago de Maracaibo, las ganaderías de Carora, Machiques y Santa Bárbara... sin contar la impresionante industria petrolera del Zulia y Paraguaná y la incipiente zona industrial que se abre en Tejerías y se cierra en Venepal, cerca de la Boca del Yaracuy.

A pesar de nuestros despilfarros, Venezuela —empujada por el viento bonancible de su riqueza minera— avanza a velas desplegadas hacia dos metas vitales de su transformación económica: la mecanización de su agricultura y la creación de una industria nacional.

“La conquista del Oeste”

En medio de nuestras divagaciones nos alcanza un artículo de Walter Lippmann. El ilustre economista neoliberal no había visitado de Latinoamérica sino Río de Janeiro en compañía de su esposa. Ahora acaba de realizar una gira por todo el Continente Sur. Sus reflexiones nos elevan por un momento, de las menudencias de la política minúscula, a más altas reflexiones sobre la economía latinoamericana.

Opina Lippmann que Latinoamérica se encuentra en un período de desarrollo que debería asimilarse a la era de expansión de los Estados Unidos hacia el Oeste. La población del Continente Sur se ha concentrado en la zona costera y en la montaña cercana al mar. Los vastos llanos y los macizos centrales están por conquistar. Pero no se descubre en Latinoamérica el ímpetu aventurero y avasallador de los norteamericanos del siglo XIX. Lo que se descubre manifiestamente es una vida exageradamente cómoda en los ricos, miserable en los pobres, con signos de constante inquietud y amagos de anarquía.

Lo que Lippmann señala de toda América Latina es una realidad impresionante en Venezuela. Cuatro quintas partes de nuestros habitantes viven anidados en los Andes, la cordillera de la Costa y en la propia costa. La riqueza petrolera nos ha legado una triste psicología de nuevos ricos y hábitos de comodidad y holgazanería. A la vista están, en un mismo panorama, contrastes agudos de riqueza ostentosa y pobreza inexplicable. Anhelos de revolución para repartirse lo que los demás crearon..., escasos arrestos de conquistar con el trabajo los vastos tesoros de nuestro rico suelo y riquísimo subsuelo.

¿Riqueza agrícola?

En la obra de Arturo Uslar Pietri “De una a otra Venezuela”, muy valiosa en su época hace tres lustros, habíamos asimilado la idea de que el futuro de Venezuela no está en su agricultura. Los aguaceros torrenciales del trópico lavan la tierra de capa vegetal, que arrastran al mar o a sus cercanas riberas. Nunca nuestro suelo podrá competir con el del Norte y Sur del continente, donde la lluvia es mansa o es nieve, que penetra, como en esponja, en la capa vegetal. Posteriormente, técnicos del MAC que estudiaban la Guayana, y concretamente la Gran Sabana, nos desengañaron de la supuesta riqueza de aquellas lejanas y olvidadas tierras venezolanas. También allí la tierra era pobre y la capa vegetal escasa.

Sin embargo, la visita inmediata y personal a ciertas regiones de la patria nos ha ido transformando esta impresión pesimista. Hay ricos valles y riberas enriquecidas por el aporte de los grandes ríos.

Hasta hace años, apenas Barlovento y Yaracuy eran conocidas como zonas de rica capa vegetal. Hoy tenemos que hablar de Yumare (Aroa), Turén, el Sur y el Oeste del Lago de Maracaibo, el Caura —pequeño Nilo venezolano—, el Delta Amacuro y una buena porción de Apure, la cenicienta de Venezuela, con sus caños mansos y sus tierras anegadizas. Sólo en torno al Lago de Maracaibo se podría producir toda la agricultura que hoy necesita Venezuela. Baste decir que dos ciudades: Machiques y Santa Bárbara producen más leche que todo el resto del país. Allí, como en Carora y otras regiones, las tierras, enriquecidas por el pasto artificial, pasarán a ser tabloneras de caña. Grandes sectores podrían competir ventajosamente con las zonas bananeras más ricas del mundo.

Viajeros recientes llegan impresionados de las posibilidades de explotación agrícola del Delta Amacuro. La Corporación de Guayana ensaya actualmente dunas para la canalización de los caños. Campos siempre verdes podrían acoger allá en tiempo de verano el ganado sediento de algunos sectores del llano. Para la producción de hortalizas y granos está cerca el mercado, cada día más promisor, de Santo Tomé de Guayana.

Una sólida economía supone en cualquiera nación una base normal de explotación agrícola. El campo proporciona gran parte de las materias primas

de la industria. Venezuela las puede obtener gradualmente en la medida en que sus hijos laboriosos se empeñen en dominar la agresiva naturaleza tropical.

Venezuela, país industrial

Nadie duda de las capacidades excepcionales de Venezuela para convertirse en un país industrial. Y es su destino normal. La riqueza de su subsuelo es sencillamente prodigiosa: petróleo, hierro, manganeso, bauxita..., unidos a un potencial de energía eléctrica —sólo en el Caroní— de proporciones asombrosas.

Si el esfuerzo y laboriosidad de sus hijos le corresponden, Venezuela podría alcanzar un puesto primario en la industria latinoamericana: con un río gigantesco —el Orinoco— como canal de su riqueza; y una ciudad en condiciones geográficas excepcionales —Santo Tomé de Guayana— capaz de convertirse en centro de un auténtico **Ruhr** venezolano.

Los sueldos bajos y las limitaciones a la inmigración

Al final de 1965 se anuncia que Venezuela está alcanzando los nueve millones de habitantes. Venezuela, tres veces mayor que Italia o el Japón, tendría ciento cincuenta millones de habitantes de ser tan densa como Italia; y trescientos millones de habitantes si alcanzara la intensidad demográfica del Japón.

Con una frecuencia desoladora, apenas crece cualquiera de nuestros renglones de producción, el mercado interno se satura. Por dos razones: por que el obrero goza de sueldos relativamente bajos y porque son pocos los habitantes de Venezuela.

El sector capitalista venezolano debería meditar el principio de Henry Ford: "El obrero mejor pagado produce más y compra más." A pesar de su latente egoísmo, la meditación de este principio les enseñaría que es inútil producir si no se cuenta con quién pueda comprar. Ellos mismos, con ingenua psicología de avestruz, eliminan, por su avaricia en los sueldos, la capacidad adquisitiva de sus inmediatos consumidores: el gran mundo de los trabajadores.

Se olvida también que la inmigración crea trabajo, crea nuevas necesidades y aumenta el caudal de los compradores. Las naciones que se han hecho grandes en América lo han logrado primariamente por la inmigración.

Pasma la frivolidad con que ciertos intelectuales hablan de la limitación de la natalidad, en vez de pensar en las soluciones sociales de la explosión demográfica. Con Eisenhower tendríamos que decir que no nos sobran hombres; nos faltan compradores y consumidores para el exceso de nuestra producción. Este exceso, que es realidad inmediata en Estados Unidos, lo será también en Venezuela cuando nos convenzamos de que nuestra patria no es un estrecho cordón habitado de montaña y costa, sino un extenso país —tres veces mayor que Italia o el Japón— en espera de los "aventureros del Oeste", de los exploradores del Llano y de la zona Amazónica; de los constructores de represas y canales para dominar nuestros ríos rebeldes y desbordados.

Faltan en Venezuela quienes se dediquen a pensar en grande, a meditar en el futuro. Tal vez en este orden tengamos que hacer una excepción con la Corporación de Guayana y Cordiplán: El "Oeste de las ilusiones" en Venezuela se llama Llano, Guayana y Zona Amazónica. Su conquista es la empresa de los valientes

Nos olvidaríamos felizmente de las pequeñas escaramuzas de la minúscula política; aunque no faltaría, tal vez, pues se trata de hombres, el choque brutal de los gigantes ambiciosos.

M. A. E.